

500 años como islas migajas: reseña del libro *Islas Migajas: Los países no independientes del Caribe contemporáneo* de Aarón Gamaliel Ramos

Carlos Hernández Hernández
Catedrático Auxiliar-Departamento de Ciencias Sociales
UPR-Mayagüez

Al contemplar este libro de Aarón Gamaliel Ramos, lo primero que llama la atención es la simbología que reposa oculta en la portada; específicamente en la atinadísima imagen de la efigie de una emperatriz decapitada: la del monarca Josefina, primera esposa de Napoleón, quien curiosamente nació en el poblado de Trois-Ilets, colonia francesa de Martinica en 1763. En el contexto de sus hermosas formas femeninas ataviadas de vestiduras blancas, sobresalen unas manchas de sangre que se extienden desde su busto hasta la mitad de su pierna izquierda. Por un instante la trayectoria del hilo de sangre en el cuerpo de la estatua me hizo recordar el realismo mágico de Gabriel García Márquez en su novela cumbre, *Cien años de soledad*. Cito:

Tan pronto como José Arcadio cerró la puerta del dormitorio, el estampido de un pistoletazo retumbó la casa. Un hilo de sangre salió por debajo de la puerta, atravesó la sala, salió a la calle, siguió en un curso directo por los andenes disparejos, descendió escalinatas y subió pretils, pasó de largo por la calle de los turcos, dobló una esquina a la derecha y otra a la izquierda, volteó en ángulo recto frente a la casa de los Buendía, pasó por debajo de la

puerta cerrada, atravesó la sala de visitas pegado a las paredes para no manchar los tapices, siguió por la otra sala, eludió en una curva amplia la mesa del comedor, avanzó por el corredor de las begonias y pasó sin ser visto por debajo de la silla de Amaranta que daba una lección de aritmética a Aureliano José, y se metió por el granero y apareció en la cocina donde Úrsula se disponía a partir treinta y seis huevos para el pan...

Sin dudas, el efluvio de la emperatriz caribeña simboliza algo diferente a la propuesta del Gabo: la sangre de compatriotas caribeños en su afán de “apresar” la libertad en el marco de los sufrimientos provocados por los imperios europeos y americanos en el Caribe.

En la portada del libro que nos ocupa, del cuello decapitado de la estatua despunta el título del texto: *Islas Migajas: Los países no independientes del Caribe contemporáneo*. A la manera de otra repercusión del realismo mágico de García Márquez, dicho título aparece tramoyado de un intenso verde tropical que trae a la memoria el verde de la sangre de la abuela de Eréndira ante la herida provocada por su enamorado Ulises en *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela*

desalmada. En el umbral de los hilos de sangre verde se delinea al fondo de la portada un mapa caribeño de linaje francés en el cual transita por el extremo oriental del Mar Caribe una carabela aledaña al norte de Suramérica y unas enmarañadas líneas que intentan prescribir, a su antojo, el mosaico antillano. La elección de la palabra *migaja*, para designar la historia de los países no independientes del Caribe contemporáneo, coincide vigorosamente con al menos cuatro acepciones de la misma, según el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua:

- 1) porción pequeña y menuda de algo;
- 2) parte pequeña de algo no material;
- 3) nada o casi nada; y
- 4) desperdicios o sobras de alguien que aprovechan otros.

La historia detrás de las migajas, prefacio e introducción

Desde el prefacio del texto, Ramos nos anuncia la contextualización histórica que degeneró en la clasificación de *islas migajas*. Varios asuntos sirven de exordio a la discusión de su propuesta de trabajo: 1) las consecuencias que tuvo el fin de la era de la descolonización sobre los estudios del Caribe y la disminución del estudio comparado del colonialismo (argumento que mantuvo muy ocupados a los historiadores en su momento); 2) el desarme de los sistemas coloniales que se instaló al concluir la Segunda Guerra Mundial, lo cual forjó dos consideraciones a su haber: la conversión de colonias en territorios independientes y la rebaja del mundo colonial; 3) el teatro del despojo colonial, que estimuló el desarrollo de un campo bibliográfico orientado a la

construcción de nuevos países que conformaron la geografía política del Caribe contemporáneo; y 4) el nuevo orden político que desalentó las inquietudes en torno del problema del colonialismo. A la par con los anteriores asuntos relacionados con los estudios caribeños, se acrecentaron los deseos por estudiar la realidad histórica de los países no independientes del territorio. Las razones que advierten esta nueva corriente están atravesadas, a juicio del autor, por “el impacto que ha tenido la globalización sobre los países que continuaron afines al Reino Unido, Francia, los países Bajos y Estados Unidos” (Ramos XV).

Para Ramos, “la inclusión de estos territorios en los anillos contemporáneos del capitalismo mundial, las progresivas desigualdades sociales y culturales de cada una de sus colectividades y la cada vez más estrecha capacidad de los actores internos para dirigir los gobiernos territoriales y relacionarse con los países de la región, figuran como las razones para la existencia del perenne drama colonial” (XVI). La memoria del autor repasa, en ese sentido, la manera mediante la cual revive su interés por estudiar la diversidad de historias coloniales del Caribe en sus similitudes y diferencias con Puerto Rico. La lógica de sus recuerdos se pasea entre los viajes a la región (territorios integrados por Francia, Puerto Rico, Aruba, Curazao y colonias tradicionales como Monserrate e Islas Vírgenes Británicas, entre otros) y sus conversaciones con otros académicos, en función de identificar en los países no independientes la existencia una realidad disímil que estos presentan frente a sus metrópolis. Las distinciones vinculadas con la geografía,

la demografía, la economía y la diversidad de historias coloniales que inciden en las formaciones sociales y culturales de estos territorios, no escapan a su atención.

De la suma de ingredientes que afloran en el espectro subalterno de la región caribeña, al autor le interesa estudiar, entre otros, las doctrinas en el marco de la crisis del colonialismo a mediados del siglo XX. Estas doctrinas guiaron las transformaciones realizadas por cada una de las metrópolis sobre los sistemas de posesiones ultramarinas y las estructuras gubernamentales, los procesos de resistencias y acomodo de los actores políticos y las complejas disyuntivas que enfrentan en la actualidad para superar las estructuras que fueron implantadas luego de la Segunda Guerra Mundial. La síntesis, como recurso disciplinario, se impone a la hora de llevar a la expresión más simple asuntos tan complejos como los que conciernen a sus investigaciones y a las de otros autores en el marco de coyunturas históricas y actuales.

A lo largo de dieciocho páginas, el autor nos presenta un trazo histórico pormenorizado y comparativo del intrincado proceso colonial caribeño que vivió la región al concluir la Segunda Guerra Mundial. Esta efeméride internacional aceleró, a juicio del autor, “el desmontaje de los sistemas coloniales históricamente esparcidos a través de todo el arco de las Antillas, de las Guayanas y de la América Central” (1). No obstante, el proceso no fue uniforme.

Algunas colonias del Caribe se convirtieron en países independientes y otros quedaron emparentados con las

metrópolis tras diversos arreglos políticos. A la luz de este proceso desigual y combinado de estrategias hegemónicas de las antiguas y nuevas metrópolis para la “liberación” de sus territorios, el autor destaca precisamente esos centros de poder para dar cuenta de cómo se inicia un proceso de emancipación en algunas islas (en otras no). Estos territorios no liberados son justamente los que comparten el mote de *islas migajas*, como se verá más adelante. Así, los primeros en la lista son Inglaterra y sus llamados Territorios Ultramarinos Británicos; les sigue Francia con sus llamados Departamentos de Ultramar. A la par con estos dos viejos imperios, no se puede escapar Holanda. Dichos imperios, que tuvieron a su haber el inicio de la globalización mercantilista tras el mal llamado descubrimiento del Nuevo Mundo, la saga de la esclavitud africana, el trabajo forzado de los asiáticos y la extinción de la población aborigen de los pueblos conquistados, compartieron con el más novel de los imperios -Estados Unidos, garante del desarrollo del capitalismo expansionista- la insigne tarea de generar una diversidad de rutas encaminadas a instaurar convenios políticos con sus territorios.

El binomio mercantilismo capitalismo configura lo que el autor llama *tiempo histórico*. Este es un tiempo cuyos acontecimientos quedan caracterizados más por las diferencias que por las semejanzas. Es curioso que dos de las naciones, España y Portugal, antecesoras y propulsoras de este mercantilismo que procuraba el intercambio de mercancías entre los centros de poder europeo, la búsqueda de nuevas rutas para la obtención de especias, la circunvalación del planeta

con destino a Asia, y el descubrimiento de un mundo nuevo, han desaparecido de la discusión colonial. La primera, en 1898; y la segunda, en Suramérica con su escalada brasileña. Lo que se denominó como descolonización en este contexto respondía a la exigencia estadounidense de la postguerra. Mientras los europeos salieron maltrechos de la guerra, Estados Unidos emergió como el nuevo imperio.

Sus exigencias estaban vinculadas al quiebre de las barreras proteccionistas que limitaban los flujos del intercambio comercial y también a las luchas al interior de las colonias por acabar con el modo de dominación colonial. Sobre el anterior proceso, el autor señala que “la variedad de caminos que siguieron las diferentes metrópolis ante los desafíos de la descolonización también revela la posición que ocupó cada una de ellas en el tablero mundial tras finalizar la guerra (4).

Las disparidades de estas metrópolis (Francia, Holanda, Inglaterra y Estados Unidos) en el ámbito de la posguerra mundial son apuntadas en el *Preámbulo* del texto y trabajadas extensamente a lo largo de la primera parte de la obra.

De ahí la importancia del apartado titulado “Viejas colonias, nuevos territorios”. Como si se tratara de una obra de literatura fantástica, en el mismo el autor logra manejar eficazmente los recursos discursivos a propósito de crear suspenso en el pacto de lectura establecido entre el narrador y lector. Pero, con el per-miso de los postmodernos, el imaginario de la obra se configura en los intersticios del poder; de ahí la necesidad “histórica” de

adentrarnos en la primera parte: “El colonialismo histórico”.

De “El colonialismo histórico” a las *Islas migajas*

La sentencia concisa del autor sobre el tema de los colonialismos caribeños queda materializada en la primera oración de esta parte: “La historia del colonialismo en el Caribe es un relato repleto de contrastes” (21). Este enunciado es muy parecido al de Alejandro O’Reilly, cuando en 1765 se le fijó a este soldado de origen irlandés al servicio de la Corona española la comisión de investigar los medios socioeconómicos de la Isla en función de recomendar mejoras para su sistema de defensas. En el llamado “informe de O’Reilly”, este joven militar no solo planteó los problemas esenciales que sufría la Isla; sino que también describió las condiciones de vida y las relaciones interpersonales del Puerto Rico de la época. La conclusión a la que llegó O’Reilly fue la siguiente: “Puerto Rico es una tierra de contrastes”.

En este marco de contrastes toma relevancia este juicio de Ramos: que las crisis mueven a las perezosas metrópolis a atender los problemas de sus colonias, hoy eufemísticamente llamados territorios. O’Reilly, en ese sentido, venía a atender una crisis. Y es que, ante la pérdida de La Habana por manos de los británicos en 1762, el monarca español Carlos III vio, por un lado, la urgencia de hacer reformas militares para mejorar las defensas de las Antillas, y, por otro, la necesidad de llevar a cabo modificaciones económicas para aliviar la carga monetaria que constituía mantener estas tierras a propósito de mejorar sus condiciones materiales. Por

ello se asignó también al brigadier Alejandro O'Reilly como inspector general de Cuba con la encomienda de renovar y reformar las defensas de La Habana y efectuar cambios gubernamentales y económicos.

El tránsito del estudioso por las vías “de las diferentes ubicaciones que tuvieron las posesiones en los esquemas de preferencias imaginadas de cada una de las metrópolis a lo largo de sus respectivas historias” revela, al menos, cuatro estrategias discursivas históricas (21-22). A lo largo de esta primera parte de la obra, el autor elabora una discusión coherente que busca resarcir las diferencias y similitudes de las viejas metrópolis -Francia, Inglaterra y Holanda- en la historia antillana y además compararlas con la incursión de un nuevo actor imperial, Estados Unidos. En aras de ofrecer una propuesta histórica comprensible sobre un universo competido (lo que Juan Bosch llamó *El Caribe frontera imperial*), el estudioso caribeño aborda un tiempo histórico que incluye tanto a los viejos como a los nuevos imperios. Así, tanto Francia como Inglaterra y Holanda pertenecen al momento histórico de la colonización vinculado estrechamente al sistema económico mercantilista, cuyo afán por la extracción de metales preciosos estableció un orden colonial que acomodara sus intereses nacionales. La extinción de los aborígenes, así como la esclavitud, el desarrollo de las plantaciones productoras de azúcar y las islas transbordo, entre otros, se convirtieron en el imaginario de una historia marcada por cinco siglos de explotación económica, política y, sobre todo, colonial. (22-27) Por otro lado, según indica el autor, “una modalidad diferente de colonialismo asomó en el

contexto de las expansiones imperiales a mediados de siglo XIX, cuando las naciones europeas, Estados Unidos y otros imperios occidentales se hicieron de nuevos territorios alrededor del mundo, sobre los cuales no había ejercido dominio hasta entonces”. (26) Se abrió así la *era de los nuevos imperios*, según las palabras del historiador Eric Hobsbawm. En esa línea, los nuevos medios del capitalismo estimularon el auge expansionista de las antiguas metrópolis. El comentario de Samir Amin sobre este período resulta sumamente revelador: “entre 1880 y 1900, se constituye un importante momento de transición entre las viejas formas de acumulación, basadas en el trabajo cautivo y la economía del pillaje y el comienzo de la utilización de mecanismos ordinarios de intercambios con países de economías más atrasadas, conjuntamente con su explotación de su riqueza material” (en Ramos, 27). En congruencia con ello, las diferencias y similitudes del coloniaje en África, Asia y el Caribe son hábilmente señalados por el autor. La incursión de Estados Unidos en este contexto no se hace esperar. Como parte de su análisis, la trama del texto se posa en otros apartados que examinan “las nomenclaturas” del sistema colonial; es decir, el sentido semántico que va de *colonias* a *territorios*. Esta discusión abordada de manera magistral por el autor arroja considerable luz sobre el eufemismo que se oculta tras el velo de la historia colonial.

Este texto, sin dudas, constituye una lectura obligada para los interesados en crear una conciencia política más allá de las ediciones históricas de bolsillo

financiadas por los propios imperios (30-34). El apartado titulado “El colonialismo europeo” estudia las diversas formas del colonialismo europeo en la región desde el siglo XVII y da cuenta, tal y como se ha señalado a lo largo de este ensayo, de que afloran más diferencias que semejanzas en la manera de obrar de los imperios (34-38). El colonialismo estadounidense y su relación con Puerto Rico no pasa inadvertido en el examen que realiza el texto (39-41). Una de las grandes contribuciones a la historia del Caribe y del colonialismo en general de esta obra se relaciona al subtítulo: “Las sociedades coloniales”. Aquí el autor distingue la forma en que los poderes coloniales lidian con el asunto colonial. Así, por ejemplo, Francia se distingue de las demás metrópolis al tener como misión el convertir a sus súbditos en franceses. Con una paciencia casi monacal, el autor describe magníficamente la relación de la metrópoli francesa con cada una de sus colonias (43). La diferencia entre Francia y Holanda, en relación con sus colonias, es abismal. Al decir del autor, “los manejos holandeses se distinguieron más por la rigidez en la explotación de sus súbditos y el rigor de sus armaduras legales, que por la severidad de sus reclamos culturales (47). De otra parte, el interés inglés, en términos coloniales, fue el de generar mayor autonomía hasta la eventual emancipación de sus territorios. En cuanto a Estados Unidos, según el estudioso, el colonialismo de pobladores de ese país reprodujo muchas de las características del colonialismo británico que pretendió emular. Entre ellas distingue la administración del territorio por pobladores pertenecientes a la etnia dominante, quienes se encargaban de organizar y manejar el territorio. Cualquier parecido con el

Estado Libre Asociado es pura coincidencia.

La gerencia de las colonias resalta las estructuras diferenciadas que tienen los gobiernos en la administración de las mismas (55-73). En este alucinante apartado, el autor deslinda la forma en que cada una de estas metrópolis -entiéndase, Inglaterra, Francia, Holanda y Estados Unidos- tratan a sus territorios. En “Las metrópolis renuentes” se pormenoriza varios asuntos que son vitales para entender la escalada de la Junta Control Fiscal en Puerto Rico. El estudioso reconoce a la efeméride de la II Guerra Mundial como el parteaguas en la historia política del Caribe (75). Varios subtemas dan al traste de esta aseveración. El primero, la crisis del colonialismo, relata fielmente los esfuerzos de Estados Unidos por afianzar su poder en la región ante la debilidad de los poderes europeos después de la guerra. En otro fascinante apartado, titulado “Los movimientos anticoloniales”, el autor posa su mirada sobre las instancias de luchas de los movimientos independentistas que habían sido controlados por el colonialismo. El examen histórico de este interesante apartado le hace justicia al movimiento nacionalista puertorriqueño (76-91).

A la par de la aprobación de la Carta del Atlántico, suscrita por el presidente Franklin Delano Roosevelt y el primer ministro británico Winston Churchill en 1941, el autor estudia “la influencia estadounidense en la región” (98-100). En “Los remanentes del colonialismo”, “Las federaciones británicas”, “La integración de las colonias francesas”, “Las reformas

territoriales estadounidenses”, y “La instauración del Reino de Holanda”, se urden hilos narrativos que buscan, en palabras del autor, “la necesidad de que las metrópolis abandonen sus viejas posturas imperiales y avalen las hojas de ruta que tracen los pueblos hacia sus respectivos destinos soberanos” (344).

Para concluir, volvemos una vez más a *Cien años de soledad* y retomamos el grito de Úrsula -“¡Ave María Purísima!”- ante la sangre derramada del hijo:

Siguió el hilo de sangre en sentido contrario, y en busca de su origen atravesó el granero, pasó por el corredor de las begonias donde Aureliano José cantaba que tres y tres son seis y seis y tres son nueve, y atravesó el comedor y las salas y siguió en línea recta por la calle, y dobló luego a la derecha y después a la izquierda hasta la calle de los Turcos, sin recordar que todavía llevaba puestos

el delantal de hornear y las babuchas caseras, y salió a la plaza y se metió por la puerta de una casa donde no había estado nunca, y empujó la puerta del dormitorio y casi se ahogó con el olor a pólvora quemada, y encontró a José Arcadio tirado boca abajo en el suelo sobre las polainas que se acababa de quitar, y vio el cabo original del hilo de sangre que ya había dejado de fluir de su oído derecho.

En nuestro caso, el hilo de sangre lo constituye la experiencia colonial del Caribe y sus poderes imperiales que posibilitaron y posibilitan tomar sin permiso lo que no les pertenecía ni les pertenece. Claro está, aquí el hilo de sangre es una *metáfora* de lo que ha significado la estela de sufrimientos en que degeneraron la institucionalización y el menosprecio de las *islas migajas*.